

Bajo este título el Padre Georges DIDIER S.J., que cursa sus estudios teológicos en Weston College, Weston, Mass., publica en la revista católica de Nueva York "AMERICA" del 4 de enero el siguiente artículo:

Esperanzas y posibilidades. En un artículo anterior tratamos de exponer como el Mariscal Pétain, aprovechándose de la derrota militar para efectuar la restauración del viejo orden, unió inevitablemente en las mentes francesas la vuelta a la tradición con la opresión extranjera. Consecuentemente, cuando fué derrocado arrastró consigo al sector conservador con sus esperanzas y ambiciones. Incluso aquellos conservadores que en número importante se rebelaron contra el régimen pro-nazi y arriesgaron sus vidas y fortunas entre las fuerzas de la Resistencia, se encuentran hoy calificados de "Pétainistas" y "Colaboracionistas" como seguidores leales del viejo Mariscal. En 1940 y 1941, se temía en realidad con mucha razón que todos los católicos resultaran comprometidos con un régimen que trataba de conquistarles dispensándoles toda clase de concesiones. Todavía recuerdo la angustia que nos invadió, cuando ciertos dirigentes católicos parecían presentar la sumisión a un régimen opresivo e impopular como cuestión de conciencia.

Estos son los que nunca aprenden del pasado. La experiencia de un siglo de revoluciones no ha enseñado todavía a algunas gentes que cualquier intento de atacar a la Democracia en nombre del Catolicismo ha dado siempre por resultado una explosión de anticlericalismo. Por ejemplo, el slogan comunista: "La Iglesia apoya a Vichy; la Iglesia favorece al fascismo" no ha perdido todavía su efecto venenoso. Pero algo nuevo apareció en la política francesa. El francés medio vió como los católicos encabezaban la Resistencia. Fué testigo de que los Obispos arriesgaban su libertad y los sacerdotes perdían sus vidas por el triunfo de la democracia. El viejo lazo que antes unía la Iglesia con la Derecha (sector conservador) quedó cortado. Muchos católicos dejaron de suspirar por el pasado. Se aprestaron ahora a marchar hacia adelante. Su mirada está fija en el futuro.

El crecimiento rápido del M.R.P. (Movimiento Republicano Popular) que ha sido considerado, acertada o equivocadamente como un partido católico izquierdista (progresivo), ha suscitado muchos comentarios en Francia y en el extranjero. Los periodistas que predijeron en mayo del pasado año que el M.R.P. sufriría una derrota en las elecciones, han tenido que buscar más de una explicación sagaz para justificar el éxito de aquél, convertido en el más importante grupo político de Francia. Pero muy pocos han podido analizar los cambios internos, aparentemente tan rápidos que han hecho orientar a los católicos franceses hacia el progreso social cristiano.

En realidad, siempre ha existido dentro de la Iglesia Católica de Francia un grupo progresivo o izquierdista, principalmente preocupado en la reconciliación de la Democracia con la orientación cristiana. La condenación de los excesos de Lamennais no impidió a Lacordaire y Montalembert inspirar un liberalismo cristiano, que incluso llegó a alcanzar alguna preponderancia durante la efímera Segunda República. (1848). Más tarde, estimulados por las alocuciones de León XIII, cierto número de católicos se pusieron al lado de la República, y aceptaron su Constitución con el fin de modificar sus leyes injustas. Entre las dos guerras, el Partido Demócrata Popular, cuyo título antecedió al de M.R.P. ("demócrata" y "republicano" son sinónimos en Francia), agrupó a algunos católicos con tendencias definitivas hacia la izquierda. Pero ninguno de estos Movimientos había llegado a conmover a la masa cristiana. La táctica de la

alianza resultó ineficaz. Los Demócratas Populares nunca consiguieron elegir más de una docena de diputados en un Parlamento de seiscientos. Y "L'Aube", el órgano del Partido, estaba tan falto de lectores y de dinero, que se veía obligado a aparecer en formato reducido de cuatro páginas, a pesar de contar entre sus colaboradores a las mejores plumas de París. Rechazados por la Izquierda y despreciados por la Derecha, estos "Cristianos Rojos", como se los llamaba, parecían condenados a desaparecer.

Las razones de este fracaso eran bien patentes. Los Demócratas Populares luchaban en el campo político. En este terreno no se puede andar cambiando de la Derecha a la Izquierda. La batalla arrojaba y cualquier cambio de posición hubiera parecido una desertión. Cabe que algún historiador en el futuro, o incluso algún extranjero en el momento actual, a quien la distancia de la escena de la acción le ha permitido adquirir una clara perspectiva, se extrañe que los católicos franceses sacrificaran todo, en un intento vano de mantener posiciones indefendibles. Podrá llegar incluso a juzgar severamente su negativa a abandonar objetivos secundarios para llegar a un compromiso con el sector más moderado de sus adversarios, a fin de preservar los objetivos esenciales. Pero para los hombres envueltos en una batalla crítica, ceder en cualquier punto no sólo supone un error, sino incluso les parece una rendición completa. Su lema es: "Vencer o morir sin compromiso". La aceptación de la República, la alianza prescrita por León XIII, suscitó muchos casos graves de conciencia. Como consecuencia, muchos de los que con todo entusiasmo arriesgaron sus vidas por el Papa en la guerra de Italia, se negaron más tarde a arriesgar la pérdida de su honor.

Aunque después de la Primera Guerra Mundial la mayoría de los conservadores frenaron en sus ataques contra la Constitución, las familias católicas arraigadas a la tradición continuaron en su devoción al pasado. Careciendo de candidatos propios, daban sus votos a los republicanos más moderados. Pero en el fondo de sus corazones dichos tradicionalistas despreciaban el juego parlamentario y suspiraban por un poder enérgico que pusiera fin a la demagogia, restableciera el antiguo orden social y restaurara la vieja tradición. Nunca existió la esperanza de que se alistaran en alguno de los movimientos demócratas. Habían sufrido demasiado para poder olvidar.

El nuevo factor que iba a modificar el punto de vista político de los católicos franceses no fué de orden político. Fué el éxito de la Acción Católica. La Acción Católica trabajaba en la esfera religiosa. Se abstenía de toda alianza con partido político alguno. Por lo tanto nada había en ella que retrajera, incluso al conservador más empedernido, de ingresar en sus filas. Pero ocurrió que las altas necesidades del apostolado obligaron a que los católicos cambiaran su mentalidad. La actitud conservadora consistía en preservar y defender el pasado, en levantar muros de protección y fosos de aislamiento. Pero ahora el ideal de la Acción Católica era el de conquistar, el de llegar a un contacto cordial con los no-católicos en un sentido de caridad para todos los hombres, a fin de extender más profusamente el Mensaje Divino. "Jocistas" y "Jecistas" no miraban hacia el pasado con semblantes compungidos. Debido a su juventud y su entusiasmo, porque habían profundizado en las verdaderas fuentes del Cristianismo, porque estaban mejor fortalecidos con el Evangelio y la Eucaristía que sus antecesores, y por la acción de los primeros convertidos que injertaron nuevos entusiasmos, una potente emoción de optimismo les lanzó hacia el futuro, haciéndoles partícipes, hasta cierto punto, de la esperanza moderna de un mundo más justo y más fraternal. Recuerdo como miembro de uno de los primeros grupos "Jecistas", el sentimiento de liberación que sentían los muchachos de antiguas familias católicas, cuando comprendían que su misión no era la de defender las ruinas del pasado, sino la de edificar un mundo nuevo y mejor.

La guerra nos llamó a las armas. La derrota, la deportación, la Resistencia, todo ello nos condujo a un contacto estrecho con todas las clases sociales, con todos los partidos. En las prisiones, tanto militares como políticas, en las fuerzas de la Francia Libre y en las filas de la Resistencia, sacerdotes y militantes católicos aparecían codo a codo con socialistas y comunistas. Aprendimos a conocerles y a estimar su sinceridad, y a cambio de ello ganamos su respeto y afecto. El abismo que nos separaba iba desapareciendo. La Acción Católica había inculcado un sentimiento de amor y comprensión para todos los hombres. El caos de esos años trágicos dió la ocasión para que se ejerciera esta comprensión y se manifestara ese amor. Resultaba imposible no sentir con las masas, no participar en sus esperanzas y en su indignación, no renunciar a todo lo que fuera causa de separación a fin de participar con ellas en las únicas realidades importantes.

Porque estábamos imbuidos de este nuevo espíritu, la oposición al Nazismo, a Vichy y al conservadurismo burgués fué intuitiva. El ideal Nazista era la violencia; el ideal cristiano resaca en el amor. Vichy fué el producto de la vejez, de la debilidad, del pesimismo y del suspiro por el pasado. Nosotros, los militantes, éramos jóvenes, vigorosos y optimistas. Nuestros ojos se tendían anhelantes hacia el futuro. El burgués temía a las masas porque las desconocía. Nosotros, militantes, las conocíamos y teníamos confianza en ellas.

Cuando el día "D" llegó y la Resistencia pasó del anonimato a la luz pública, se vió claramente que los católicos habían tomado parte muy activa en sus peligros y responsabilidades. Georges Bidault, antiguo vicepresidente de la Asociación Católica de la Juventud Francesa era el Jefe de todas las organizaciones secretas. François de Menthon y Pierre Teitgen habían desempeñado con gran éxito misiones importantes. Edmond Michelet volvía de Buchenwald, Louis Terrenoire de Dachau. Otros miles habían soportado con valentía las torturas de la Gestapo. Muchos murieron. Pero entre los que quedaron, la Providencia había preparado a los dirigentes de la Cuarta República.

Dichos hombres necesitaban una nueva organización. No eran unos agitadores políticos, sino que representaban un renacimiento espiritual tremendo y además a una Resistencia en defensa de los derechos humanos. Ninguno de los viejos partidos con sus sistemas rígidos podía contener a estos hombres. Incluso el mismo Partido Demócrata Popular tenía algo de rígido y estrecho. El M.R.P. nació, tan nuevo, tan sorprendente para los que no siguieron su génesis, que pasará bastante tiempo antes de que sea totalmente comprendido.

El M.R.P. no es un partido, sino un Movimiento. Porque permaneció leal al espíritu de la Acción Católica de la que fué producto, repudia toda idea de organizar a los "buenos" y de unirles para su defensa y en el ataque de los "malos"; se esfuerza en crear un clima favorable a los ideales Cristianos en el que los que pertenecen a otros partidos pudieran participar. No es, en realidad, un Partido Católico, ya que abierto a todos los hombres de buena voluntad, rehusa el comprometer y mezclar a la Iglesia como tal en la política de un Partido determinado, que como todos está necesariamente expuesto a errores. Finalmente, el M.R.P. es joven. En la primera Asamblea Provisional, según Marc Scherer - una de las mejores mentalidades del Movimiento y diputado a los 36 años -, la edad media de los 145 diputados era 35 años. Creo que esto confirma lo que he dicho antes, que el M.R.P. no es una forma nueva del viejo Partido Demócrata Popular, sino más bien representa la introducción en la vida política de los jóvenes dirigentes de la Acción Católica. La finalidad del M.R.P. es hacer desaparecer todo prejuicio hacia el Cristianismo genuino, incorporando al mismo tiempo un sentido cristiano al progreso político y social, y al mismo tiempo tratar de no mezclar a la Igle-

sia en las aventuras inevitables de la vida política. Como muy bien decía el Padre De Montcheuil S.J., una de las víctimas de las matanzas alemanas: "el deber es actuar en espíritu y orientación católicos, sin actuar precisamente en nombre de los católicos."

Este artículo fué escrito antes de las elecciones de Noviembre que no fueron precisamente una "victoria comunista aplastante" (como algunos titulares periodísticos se apresuraron a sugerir), sino más bien una inclinación hacia ambos extremos: el Conservador y el Comunista. Esto es normal en tiempos de crisis. Pero el M.R.P., aunque se esperaba que perdiera notablemente, mantuvo su posición en conjunto, alcanzando sucesivamente en el curso del año el veinticuatro, el veintiocho, el veintiseis y, eventualmente, el veintisiete por ciento de los votos totales. Si algunos cientos de miles de católicos volvieron a los Conservadores, el mismo número de antiguos socialistas vinieron al M.R.P.. Lo que muestra que un partido cristiano progresivo es capaz de ganar votos en el campo marxista: Comunistas y Socialistas, quienes sucesivamente, entre los dos Partidos juntos, alcanzaron el cuarenta y nueve, el cuarenta y siete, el cuarenta y seis y finalmente el cuarenta y cinco por ciento de los votos.

Este es un aspecto consolador en la difícil situación presente. La Iglesia está libre de cualquier compromiso con la Derecha o con la Izquierda. Pero la Acción Católica ha demostrado ser capaz de formar dirigentes que simpatizan ardientemente con los hombres de su época. "Que estos jóvenes tengan veinte años de paz - escribía Francois Mauriac en la víspera de la guerra - y conquistarán Francia para Cristo." Esta es la esperanza que hoy anida en nuestros corazones, esta es la oración de nuestros labios. Pero si otra guerra y otra persecución se suscitan, nuestra experiencia y nuestra fe nos enseñan que el bautismo de sangre es, para la Iglesia, fuente de nueva vida. -----